

El *Dynamo* quince años después

Manuel Guillén

ES LA GIRA LATINOAMERICANA de apoyo al sexto disco de la banda. Es 1992. Campo de fútbol de la Universidad Intercontinental, al sur de la ciudad de México. La media tarde citadina es caliente y la espera afuera del lugar, sobre la acera y el asfalto de la Avenida de los Insurgentes, parece no tener término. Los presentes matan el tiempo fumando y bebiendo sodas; conversando, hurgando entre la vendimia de camisetas y *souvenirs* que es más bien escasa; viendo pasar los automóviles o detectando quiénes son las más atractivas de sus contrapartes de género. Hasta que finalmente dan acceso a la multitud. Una vez reunidos los asistentes sobre el césped de la cancha, el grupo nacional Rostros Ocultos sale a escena como banda *telonera*. Su actuación es infame, coronada por un exhibicionismo *pacheco* que hace que tanto el vocalista (*El Cala*) como el bajista se queden en calzones hacia el final de la tocada. Cierran con la conocida e infantil “Es el final”, que parte del público tiene a bien corear entre estrofas “Qué poca madre” y “Es el finaaal...” La presentación del grupo jalisciense es una triste muestra del estado de cosas que ya imperaba en el rock mexicano en aquella naciente década, tras la chispa ochentera que únicamente alcanzó para prender la pólvora de Caifanes, por más que Saúl Hernández se empeñara en apagar con Jaguares... hasta su sorpresivo renacimiento musical en 2001 con *Cuando la sangre galopa*.

Las nubes se desplazan y de blancas y grises se vuelven cobrizas y luego rojas, y luego una vez más blancas, contrastadas sobre el fondo índigo del cielo de la noche naciente. Cae la penumbra y cae una manta blanca que cubre el escenario. Tras un ínterin que parece infinito, sin

aviso alguno potentes reflectores chocan sus haces luminosos contra la pálida manta, dándole una cualidad de pantalla cinematográfica. Detrás de ella se distinguen las siluetas de tres músicos generando una sinergia que sólo ocurre cuando el tiempo, la geografía y las circunstancias, además de la voluntad, engendran una banda clásica; tirando notas, letras y ritmos que penetran debajo de la epidermis y sorfean por las neuronas vía el sistema auditivo de los mortales. Comienzan los primeros acordes de “En remolinos”, *track* tres del *Dynamo*, máxima entrega de estudio del mejor grupo del rock concebido en nuestra lengua: Soda Stereo.

Mencionar que entre ambas presentaciones mediaba un océano diferencial de calidad y profesionalismo sería necio: eso fue prístinamente evidente. En cambio, sí es relevante que con base en el desempeño escénico, de ejecución y construcción visual de la puesta, quedaba establecido el estratosférico nivel artístico de la banda. Como comenzara a ocurrir desde el 87 con la aparición de *Signos* y terminara por solidificar con esa pieza perfecta del flamante sonido de los noventa que fue *Canción animal* (1990), el trío había madurado un estilo y una intencionalidad musical que los colocaba en el nivel de los mejores ejecutantes del rock internacional.

La concepción musical del *Dynamo* (CBS Argentina, 1992/Sony Music, 1995 y *ss.*), que viera luz la primera mitad de 1992, es un exuberante muestrario lo mismo de historia propia que de innovación estilística, a la luz de las ebullescentes influencias de aquella década especialmente propositiva dentro del mundo del rock a nivel global. El álbum marca tanto la herencia que ellos mismos se habían

forjado en los nueve años de carrera que les precedían, como el punto referencial y determinante para otros grupos latinoamericanos de menor envergadura –privilegio exclusivo de los clásicos de cada género–.

Siguiendo la pauta que marcara toda su carrera, consistente en hacer cada disco diferente de su antecesor sin nunca perder el estilo propio y característico, la sexta entrega de estudio es, sin la menor duda, su producción más experimental y visionaria. En ella se tejen y adivinan los principales ritmos que marcarían la década de los noventa del siglo pasado, roqueramente hablando.

Una aglomeración sónica en la que casi percibimos los movimientos de los músicos sobre sus instrumentos; la física de los cuerpos fundiendo con una masa refulgente de sonido. Doble bombo, mímesis del bajo con los teclados, la escala ascendente de la guitarra distorsionada bajo el mandato de la plumilla y los pedales. Platillos centelleando sobre el amasijo armónico de notas del *grunge* versión Cerati en las tres primeras piezas de la producción: “Secuencia inicial”, “La ruta” y “En remolinos”, que golpean certero y sin conmisericordia a la barbilla auditiva de cualquiera que deje caer el láser sobre el quintaesencial plástico.

Ruidosa, comercial, movediza: “Primavera 0”. Cinco *tracks* después la exhuberancia lírico musical de “Claroscuro”. Incorporación de capas instrumentales hasta consolidar la saturación del sonido. Ritmos de dimensiones profundas, en sentido casi literal: manejo de reverberaciones y efectos vocales en *off*; hipertensión provocada por el unísono de la base rítmica y la omnipresencia de las cuerdas, la voz absorbida por la rítmica hasta formar una aleación mono plano que despliega la precisión verbal del compositor bonoaerense: “Alma fugitiva: ¡libérame!” Conjunto de canciones representativas y placénticas de lo que se ha llamado rock sónico, cumpliendo la exacta descripción de Héctor Zeta Bosio al respecto: “Hicimos un disco concebido con capas y más capas de música”.

“Camaleón”, “Ameba” y “Texturas”, conjunto festivo que engarza con la transitoriedad intradécadas del grupo; ecos de 1987 y *Signos*; resonancias del también magistral *Canción animal*, recontextualizados para ser lanzados al océano creativo de una década de los noventa rica en tendencias innovadoras como pocas.

Mezcla de experimentación y pertenencia indiscutible al núcleo conceptual de la banda, con destellos preciosistas, en ocasiones melancólicos y, en momentos, punzantes; en casi todas, mixtura de las dos cosas. De los instrumentos indios,

acuáticos y derretidos, de “Sweet sahumero” (por cierto, exquisitamente reconstruida en una versión larga tocada durante el concierto sinfónico de Cerati de 2001 en tierra azteca, recogida en un *bootleg* del mismo) a las evocaciones zeppelinianas de “Luna roja” y “Fue”. Esta última además con invocaciones jazzísticas en la forma; única balada oscura de la banda –también recogida en su versión sinfónica en la antedicha grabación alternativa– a las programaciones y sampleos de “Nuestra fe”, que virtualmente la convierten en la primera rola del *Sueño Stereo* (BMG, 1995); selvática y sensual, rítmica y sincopada.

El micro universo del trío realizó una expansión cósmica que dejó galaxiasónicas que brillan en la posteridad de los vertiginosos tiempos del rock. *Dynamo* confirmó y estableció de una vez para siempre lo que ya es historia conocida: Soda Stereo ha sido el único grupo hispanoamericano a la altura del rock (quizá parcialmente acompañados, durante su primera época, por Radio Futura, y acaso seguidos en el segundo sitio por sus compatriotas Los Fabulosos Cadillacs).

Desafortunadamente, el disco no hizo escuela y resplandece como joya única para el deleite de quienes se acercan a él. Situación debida a todas luces a la falta de técnica y concepción musical que ha sumido en años de penuria al rock en español, así como a la desaceleración creativa que sufrió Cerati como solista.

Recientemente (al tiempo que Cerati, ya sea porque los dólares, la megalomanía o el trasero de la chica lo vencieron, realizó una de sus más incomprensibles apuestas artísticas: musicalizar un disco de Shakira) ha habido imitaciones y malos simulacros como el de los nacionales de Zoé, copia de baja calidad del concepto *Dymanó*, que oscila entre el homenaje velado y la adoxia músico-conceptual; muestra clara de lo que el disco en particular y la trayectoria toda de Soda Stereo representan: una impresionante tintorera –veloz, enorme, contundente– a cuyo desplazamiento adhiere un conjunto de rémoras; pequeños e insignificantes carroñeros de los mares en busca de un bocado perdido de las fauces del fastuoso tiburón madre. •

Soda Stereo, *Dynamo*, CBS, 1992, producido por Gustavo Cerati y Zeta Bosio.

MANUEL GUILLÉN hizo la carrera de filosofía en la UNAM. Fue becario del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la misma casa de estudios. Ha sido profesor, reportero cultural y articulista. En la actualidad se dedica a la capacitación empresarial y al desarrollo de sistemas organizacionales para la administración pública.